
Introducción

La afortunada coincidencia de la puesta en circulación del número cincuenta de *Estudios Jaliscienses* con el vigésimo aniversario de la fundación de El Colegio de Jalisco brinda, a los que tenemos relaciones con ellos, doble motivo de regocijo: ni el uno ni la otra sufrieron la muerte prematura que en este país todavía aqueja a menudo a establecimientos y publicaciones similares, y ambos dan señas claras de una saludable madurez.

Veinte años de vida institucional y cincuenta entregas puntuales de la revista merecen conmemorarse, aun modestamente. Con este propósito, hemos decidido hacer algunos cambios en la presentación de nuestra publicación trimestral, mismos que por su evidencia no tiene caso pormenorizar aquí. Lo que sí es imperativo remarcar, es que mantendremos el mismo celo vigilante que se ha tenido, desde el número de arranque de *Estudios Jaliscienses*, en lo que toca a la calidad de lo que contienen sus páginas interiores.

Es por eso que aquí refrendamos el compromiso de publicar sólo textos inéditos que resulten de investigaciones originales y que, por lo mismo, contribuyan a ensanchar los horizontes del conocimiento sobre el Occidente de México, en general, y acerca de Jalisco, en particular.

Una rápida ojeada al *Índice* de los primeros cuarenta números, permitirá a los interesados darse cuenta de que a lo largo de las entregas precedentes y hasta la actual, *Estudios Jaliscienses* ha mantenido una palpable pluralidad en sus miras que ha posibilitado, con frecuencia, el análisis de un mismo asunto desde los más diversos ángulos disciplinares, logrando así ofrecer una visión panorámica a la vez que profunda del avance del saber acerca de esta región mediante el empleo de la amplia gama de las ciencias humanas, incluidos aquí los estudios literarios, los musicales y sobre artes plásticas.

Es evidente que los artículos que hemos publicado en torno de estas últimas disciplinas, sobrepasan el terreno de los juicios subjetivos y el de la sola apreciación artística, para ubicarse en la cada vez mejor cimentada interpenetración entre aquéllas y las ciencias sociales, en tanto que formas complementarias del conocimiento histórico social.

Por eso, ninguno de los autores de los ensayos aquí conjuntados, se ha limitado al mero análisis textual ni a realzar los logros estilísticos o estéticos que alcanzaron los escritores de que se ocupan. Así, Carlos Guzmán Moncada, en su artículo sobre Manuel Puga y Acal, además de poner en tela de juicio el lugar común de que en México la crítica literaria no ha llegado a ejercerse con toda plenitud como profesión, expone una minuciosa documentación para fundamentar las causas concretas que impulsaron a uno de los primeros y más importantes críticos mexicanos del siglo XIX a abandonar ese aspecto de su trabajo intelectual.

Si bien Juan López prescinde de todo aparato erudito en su ensayo acerca de Victoriano Salado Álvarez, esto no significa que el resultado sea una aproximación

superficial. Antes bien, arma un relato en el que se entreveran las vicisitudes íntimas con las materiales que enfrentó ese escritor, al mismo tiempo que destaca la influencia que Salado Álvarez fue capaz de ejercer en la literatura nacional.

Crítico e historiador él mismo, José Luis Martínez sabía bien lo que hacía al abordar una novela de Manuel J. Aguirre, *Guadalajara, ciudad errante*. Al hacerlo, revalora los méritos literarios de un escritor y una novela prácticamente desconocidos, y destaca el servicio mutuo que pueden prestarse ambos géneros de escritura, cuando se respetan las particularidades de cada uno y se sabe la manera de combinarlos para lograr un conocimiento más adecuado de la sociedad en una época determinada.

En 1994 El Colegio de Jalisco editó *Oratio Doctoralis: últimos escritos*, libro que su autor, Antonio Gómez Robledo, alcanzó a tener en sus manos pocos meses antes de morir. Ahora, ocho años más tarde, a *Estudios Jaliscienses* cabe la satisfacción de publicar un texto inédito que el mismo Gómez Robledo redactó en 1982 con motivo del segundo aniversario de la muerte de Agustín Yáñez. Escrito con todo el sentimiento doloroso que provoca la muerte de un amigo íntimo, el texto de Antonio Gómez Robledo se aleja del panegírico forzado para revelar las influencias, afanes y afinidades intelectuales que, además de las sentimentales, unieron a los dos escritores durante los años que pasaron juntos en su Guadalajara natal. Salta a la vista, pues, la doble importancia de este ensayo que, carente de título, le hemos puesto como tal las palabras iniciales del mismo, con el objeto de no desfigurarlo con otro que resultara poco adecuado.

Jaime Olveda cierra este número con otro artículo no en torno de Agustín Yáñez sino de *Al filo del agua*, obra que, a decir del mismo Olveda, ofrece aspectos sorprendentes en cada lectura que de ella se haga, y lo que a él impresionó fue el miedo subyacente en los habitantes del pueblo donde tiene lugar la acción de esa novela. Pero además, Olveda remata su escrito con una revisión a la obra colectiva *Al filo del agua: cincuenta años después*, misma que le sirve para apoyar sus propios descubrimientos.

Ciertamente, los escritores aquí analizados difieren en los géneros de escritura a que dedicaron sus esfuerzos, así como los propios autores de cada uno de los artículos que integran este número de *Estudios Jaliscienses*, tuvieron distintos motivos para hacerlos. Pero aunque centrados en un escritor en particular, el conjunto de los cinco trabajos permite seguir con cierta precisión los cambios en las condiciones culturales, sociales y políticas que se sucedieron en Jalisco y en la Ciudad de México a lo largo de un periodo que va desde el Porfiriato hasta la Cristiada.

Tenemos confianza, pues, en que esta entrega cumplirá con los objetivos generales que perseguimos en *Estudios Jaliscienses*. Pero como hablar bien de las tareas propias invita a los demás a desconfiar de la justeza de los pareceres expresados, queda a los receptores de nuestra publicación el privilegio de juzgar acerca de su calidad, no sin decir que a nosotros, lejos de toda falsa modestia, la tarea nos deja la grata sensación de contribuir a la difusión del conocimiento histórico social de esta región.

Manuel Puga y Acal y la crítica de su tiempo

Carlos Guzmán Moncada

Uno de los lugares comunes más reiterados a lo largo de lo que podría llamarse una historia de la crítica literaria en México consiste en afirmar que aquí no hay o, en el mejor de los casos, apenas si ha habido algo que pueda calificarse sin ambages de crítica literaria. Para algunos, los más optimistas, la revisión de una nómina improvisada de escritores, historiadores o polígrafos que la han ejercido a lo largo de los siglos XIX y XX es muestra suficiente de la falsedad de ese aserto. En cambio, para otros más pesimistas, la sola confección de semejante lista constituiría la prueba más evidente de que poco o mal puede historiarse el ejercicio del criterio en la literatura mexicana. Porque aunque en ella abunden los nombres de poetas y novelistas que han reflexionado sobre el quehacer literario propio o ajeno, así como una multitud de arqueólogos y restauradores académicos del pasado documental, amén de incontables reseñadores más o menos ocasionales, escasea la figura del crítico puro. Y así, poca o ninguna autoridad y autonomía histórica podría tener lo que no ha sido sino una actividad subsidiaria, concomitante o ancilar de la literatura, la historiografía o el periodismo cultural.

Más que plantear una oposición irreductible, este lugar común expresa uno de los tópicos constitutivos del ejercicio de la crítica literaria mexicana prácticamente desde sus orígenes, en el siglo XIX, y acompaña su desarrollo a lo largo de sus distintas etapas de conformación hasta el día de hoy. Si la contradicción inherente que manifiesta este lugar común es señal de la